

Venturoso el mortal que amante guía  
De María los pasos al altar;  
Que el nombre de la Vírgen fué María  
Y estrella significa en turbio mar.

¡Oh, tú que remas con trabajo y arte  
Contra el negro huracan que te persigue;  
Si del revuelto mar quieres salvarte  
Esa estrella contempla y su luz sigue!

María es nombre junto á Dios propicio;  
Luz que al mundo ilumina, hoguera lenta  
Que enciende la virtud, consume el vicio  
Y mas que al cuerpo al ánima calienta.

Ese nombre de amor, que hasta en reflejos  
Presta á la oscura noche luz brillante,  
Que nunca sea de tu boca léjos,  
Que nunca esté del corazon distante.

Si te amenaza en la civil pelea,  
Ya envidia, ya rencor, busca ese guía;  
Si atribulada tu constancia ondea,  
Si te rinde el dolor, llama á María.

María es la salud, la paz amiga;  
María es la esperanza, el bien mas caro;  
En seguirla do quier nunca hay fatiga,  
Ni naufragios jamás bajo su amparo.

Que el nombre de la Vírgen fué María,  
Que estrella significa en turbio mar:  
¡Venturoso el mortal que amante guía  
De María los pasos al altar!

*Juan de la Pezuela, Conde de Chate.*

*Version al italiano de la poesia anterior*

Fortunato il mortal che amante avvia  
Suoi passi de la Vergine all'altar;  
Che il nome de la Vergin fu *Maria*,  
Che significa stella in aspro mar.

O tu, che remi con travaglio ed arti  
Contro al negro oragan che danni adduce,  
Si vuoi del mar che in furia á salvo trarti,  
Mira essa stella, e segui la sua luce.

María é nome presso á Dio propizio;  
Luce che irragia il mondo, é lene fiamma  
Che scalda la vertu, che strugge il vizio,  
E piu che il corpo l'anima rinfiamma.

Questo nome d'amor che pur riflesso  
A densa notte da luce smagliante,  
Che ognor si stia su le tue labbra impresso,  
Che mai ne vada dal tuo cor distante.

Se civico furore unqua ti osteggia,  
Se invidia or odio, Ella tua guida sia;  
Se trebolata tua costanza ondeggia,  
Se ti opprime il dolor, chiama Maria.

É Maria la salute, é pace amica,  
Maria speranza e ben che alleta il core;  
Il seguirla dovunque non fatica,  
Ne s'incontra naufragio al suo favore.

Che il nome de la Vergin fu Maria,  
Che significa *stella* in aspro mar:  
Fortunato il mortal che amante avvia  
Suoi passi de la Vergine all'altar.

*Angelo Coriario, della Compagnia di Geni.*

Sosegado está el mar, selvas y prados;  
La hoja y flor su pompa muestra al cielo;  
La noche ví, rompiendo apriesa el velo,  
Sus cabellos herir negros y alados.

Scintia deja los campos plateados  
De un trasparente y cristalino hielo:  
Resplandecian del señor de Delo  
Los orientales rayos colorados;

Cuando otro sol mas puro de occidente  
Veis donde asoma serenando el dia,  
La imágen oriental descolorando;

Y dijo: Eterna luz sola y ardiente,  
Sufrid en páz la hermosura mia,  
Que mas clara que yo se va mostrando.

*Ramirez Pagan.*

## Los quince misterios del Rosario

Cuando á María el Angel la saluda,  
 Y ella visita á Elisabet, su prima;  
 Cuando pare al que cielo y mundo anima,  
 Y cuando ordena Dios que al templo acuda;  
 Cuando Cristo en el huerto sangre suda,  
 El azote y corona le lastima;  
 Cuando el sagrado leño se echa encima,  
 Y pasa muerte tan acerba y cruda;  
 Cuando con triunfo y gloria resucita,  
 Sube á los cielos, y á su Iglesia santa  
 El Espíritu Santo la visita;  
 Cuando llama á María sacrosanta  
 Y la corona con aplauso, y grita  
 Para siempre sin fin la Iglesia canta.

Rey de Artieda.

*Quien tuviere por señora  
 La Virgen, Reina del cielo,  
 No tenga ningun recelo.*

Pues á flacos corazones  
 Con su gracia torna fuertes,  
 Hace vidas de las muertes,  
 Y es llave de las prisiones;  
 Quien de sus intercesiones  
 Alcanzare algun consuelo  
*No tenga ningun recelo.*

Siempre vive sin tristura  
 Quien la tiene devocion;

*Contigo el cielo se arrea,  
 Virgen y flor de Jesé;  
 Tota pulchra amica mea,  
 Macula non est in te.*

Sois como el sol escogida,  
 Y hermosa como la luna,  
 No se halla mujer ninguna

Da muy gran consolacion  
 La vista de su figura;  
 El que servirla procura  
 Con amor en este suelo  
*No tenga ningun recelo.*

A quien ella da osadía  
 No teme ningun temor,  
 Y si tiene algun dolor,  
 Se le vuelve en alegría.  
 ¡Señora, Virgen María!  
 Ayuda mi desconsuelo,  
*No tenga ningun recelo.*

Juan de la Encina.

De tanta gracia vestida;  
 Y así el mismo Dios cumplida  
 Os llama segunda vez:  
*Tota pulchra amica mea,  
 Macula non est in te.*

De *ab initio* sois del Padre,  
 Escogida por esposa,

Y siendo virgen gloriosa,  
 Del Verbo eterno sois Madre;  
 Y porque mejor os cuadre,

De continuo os llamaré:  
*Tota pulchra amica mea,  
 Macula non est in te.*

Juan Lopez de Ubeda.

## A la efigie de la Virgen

Cuando mirada en el suelo      Mirarla viva en el cielo  
 Da su imágen regocijo,      De la mano de su Hijo?  
 ¿Qué bien será y qué consuelo

Damian de Vegas.

Cuando postrado en míseras prisiones  
 El celador pontífice yacía,  
 De la Iglesia primero fundamento,  
 Y con vivos afectos y razones  
 A Dios su lengua y corazon volvia,  
 Siguiendo al remontado pensamiento,  
 Puso tal vez atento  
 La consideracion ¡oh Virgen santa!  
 En los blasones vuestros inefables,  
 Y honrando con elogios venerables  
 Vuestra pureza limpia y sacrosanta,  
 En sus cadenas broncas aherrojado,  
 Dijo así con acento regalado:

«¡Oh singular, purísima criatura,  
 De ajena libertad principio santo,  
 De propia esclavitud desden eterno!  
 Pues cuando la prision rompisteis dura,  
 De los humanos convirtiendo el llanto  
 Comun en gozo, y en abril su invierno,  
 Nunca el sumo gobierno  
 Os dejó entrar en ella el pié sagrado;  
 Apercibió la culpa su cadena,  
 Y Dios su gracia, de que fuistes llena;  
 Huyó sin veros el error turbado.  
 No visteis mas que á Dios, por quien se alaba  
 El alma vuestra de su sola esclava.

»No se forjaron para vos los hierros;  
 Antes vos la cadena de tinieblas,  
 Que á tantos religaba, quebrantásteis,

Y en los egipcios míseros destierros  
 La oscura nube de palpables nieblas  
 En descubierta claridad cambiastes.  
 Vos, Reina, encadenastes  
 Al impío alcaide, al carcelero mismo,  
 Que hoy mira, á su pesar, los prisieneros  
 Romper sus grillos y herrajes fieros,  
 Triunfastes de los reinos del abismo;  
 Nunca vencida, siempre triunfadora,  
 Y de la libertad Madre y Autora.

»Gozad mil veces del sin par trofeo,  
 Y sublimada con eternos dones,  
 Honrad del cielo la mejor diadema;  
 Que yo, mezquino, de mis culpas reo,  
 Ocuparé estos grillos y prisiones  
 En cuanto llega la feliz y extrema  
 Hora que en la suprema  
 Region traslade sin estorbo el alma.»  
 No dijo mas el sacerdote santo,  
 Porque la noche humedecida en tanto  
 Dió á sus discursos apacible calma,  
 Dando sueño á sus ojos, porque el cielo  
 Le enriqueciese de mayor consuelo.

Durmiendo estaba el gran apóstol, cuando  
 Siente una voz angélica en su oido,  
 Que así le dice, sin romperle el sueño:  
 «¡Oh Pedro y piedra y padre venerando,  
 De Dios entre millares escogido  
 Para patrono de su Iglesia y dueño!  
 Aunque el sitio pequeño  
 Desta prision habitas, cobra esfuerzo;  
 Romperé tus cadenas y tus grillos  
 Cual mimbres delicados y sencillos;  
 Verás tambien cómo redoblo y tuerzo  
 Los firmes quicios de las altas puertas,  
 Hasta ofrecerlas á tu paso abiertas.

»Serás nuevo Sanson, que aprisionado,  
 Sus vínculos inútiles rompía,

Amedrentando al bravo filisteo,  
 Al que ignoraba que su esfuerzo osado  
 En su cabeza oculto residia;  
 Así tu fuerza, con igual trofeo,  
 Miedo será al hebreo,  
 Que te aprisiona y ata porque ignora  
 Que reside tu osada fortaleza  
 Depositada, Pedro, en tu cabeza,  
 Como cabeza á quien la Iglesia honora,  
 Opuesta ya con armas eficaces  
 A los encuentros de enemigas haces.

»¿Quién ya permite que el humilde suelo  
 Te oprima y ate en cárcel miserable,  
 Siendo tú mismo aquel por quien se obliga  
 Siempre á ligar y desatar el cielo  
 Cuanto en la tierra, oh Pedro venerable,  
 Por medio tuyo se desata ó liga?

¿O es justo que se diga  
 Que entre cadenas toscas y ferradas  
 Un pontífice yace sin decoro,  
 En vez de aquellas de purísimo oro,  
 Que al pectoral pendientes y trabadas,  
 Ornaron ya de Aaron su enriquecido  
 E ilustre asaz pontifical vestido?

»No lo consiente el cielo, pues ordena  
 Ya lo contrario; aquí verás su efeto;  
 Que si de aquella celestial Princesa  
 Dios retiró la culpa y la cadena,  
 A cuyo lazo el mundo está sujeto,  
 Verdad precisa que tu voz confesa,  
 ¿Cuánto menor empresa  
 Será romper tus débiles prisiones?  
 Yo en nombre suyo quebrantarlas pienso,  
 Leve señal de su poder inmenso,  
 Bien que aumente valor á tus blasones,  
 Hasta que ya por triunfo preeminente  
 Reines, cual Dios, en una cruz pendiente.

»Y porque entiendas el honor que esperas,

Y Dios te comunica y te previene  
 Por el que otorgas á su Madre, sabe  
 Que mil edades largas venideras  
 Celebrarán con término solene  
 Esta prision en que resides grave;  
 Júzgala ya süave,  
 Cual sacra semejanza y misteriosa  
 De aquella cárcel, que sin ver su entrada  
 Fué desde afuera rota y quebrantada  
 Por mano de una vírgen poderosa;  
 ¡Misterio raro que, en tu Iglesia oculto,  
 Aguarda en fin su venerable culto!  
 »Sabe que el sumo Hacedor se agrada  
 De que sus fieles en continúa duda  
 Este misterio ignoren, y que el celo  
 De cada cual y devocion sagrada,  
 Mejor se manifieste en lo que duda,  
 Hasta que el tiempo, obedeciendo al cielo,  
 Rompa el confuso velo  
 Á la verdad, y la descubra clara,  
 Y algun prelado de tu Iglesia pia  
 Resuelva ¡oh tiempo alegre! que María,  
 Por excepcion y preeminencia rara,  
 Fué, siendo madre de la gracia y vida,  
 Sin mancha de pecado concebida.  
 »Mas mientras llega la sazon dichosa,  
 Sabe tambien que, como nobles hijos,  
 Tus sacerdotes, de su celo instados,  
 Imitarán tu devocion piadosa,  
 Y con alegres justos regocijos  
 Se ofrecerán á conservarla aunados.  
 Ya miro en los sagrados  
 Templos remotos de Vandalia noble,  
 Que se congrega numeroso el clero,  
 Y del misterio santo y verdadero  
 Ya jura y vota la certeza inmoble,  
 Ligando alegre el corazon devoto  
 Al nudo fiel del juramento y voto.

»Mas en aquella sujecion ligado,  
 Un libre esfuerzo le será infundido,  
 Con que defienda intacta la pureza  
 Mayor que pudo verse en lo criado.  
 Tú pues, á tanto honor reconocido,  
 Venera siempre con igual firmeza  
 Su original limpieza,  
 Y colma el pecho de feliz consuelo;  
 Deja esa cárcel lóbrega, funesta,  
 Comprobaráse mi verdad propuesta;  
 Desecha diligente el duro suelo,  
 Verás en él troncados en pedazos  
 Tus poderosos vínculos y lazos.»  
 Desta manera dijo, y el costado  
 Del Pontífice toca, y le despierta.  
 Abre sus ojos él, la estancia mira  
 Bañada en luz, y el ángel venerado  
 Cercano al quicio de la férrea puerta.  
 Ya en lo interior del corazon suspira,  
 Y embelesado admira  
 Tantos honores y grandezas juntas;  
 Ve en tierra las cadenas destrozadas,  
 Luego en las puertas mira quebrantadas  
 Las recias verjas y rollizas puntas,  
 Hasta que así se mira libre y suelto,  
 En alto asombro y regocijo envuelto.

Juan de Jáuregui.

Vírgen bella de Dios madre  
 Honra y lustre del cristiano,  
 En todo tiempo no en vano  
 Invocamos tu favor.  
 Aunque se alce el hondo averno  
 Del dragon al ronco grito  
 Y talar mande el precito  
 Los verjeles del Señor,  
 Dañar no pueden las furias  
 Al pecho limpio que fia

En la fuerza de María  
 Vencedora de Satan.  
 Si la Vírgen nos protege  
 No habrá guerra ni mal fiero,  
 Que caballo y caballero  
 Cual plomo al profundo irán.  
 Ella levanta en Solima  
 Como torre la cabeza:  
 Es murada fortaleza  
 En la ciudad de David.

La defienden los escudos	Alejará de sus hijos
De mil valientes guerreros,	Los golpes de la maldad.
Los impíos altaneros	Humíllense las naciones
Huyen ante Ella en la lid.	Y cual de ángeles los coros
Que armada por Dios su diestra	Canten en versos sonoros
Llena de dones prolijos,	Á la augusta Trinidad.

José Sebastian Segura (*México, 1872.*)

No bien se alza la antigua serpiente  
 Contra el reino de Dios y su gente  
 Difundiendo el espanto y terror,  
 Cuando baja la Vírgen del cielo  
 Entre el iris de paz y consuelo  
 Y á los suyos da auxilio y valor.  
 Monumentos de eterna memoria  
 Nuestros padres pusieron con gloria  
 De la Vírgen cantando el poder.  
 Lo publican insignes ejemplos  
 Y en los valles y montes y templos  
 Desde el alba á la noche doquier.  
 Permitidnos cantar á María  
 Nuevos himnos de pura alegría  
 Y de gozo las palmas batir.  
 Nuestra patria cual otras naciones,  
 De Ella aguarda magníficos dones  
 Que ella todo lo sabe cumplir.  
 ¡Oh mil veces dichoso aquel día  
 En que al solio de Pedro volvía  
 Tras un lustro de ausencia y dolor,  
 El Pontífice Sumo, que grave  
 De la Iglesia conduce la nave  
 En que duele tranquilo el Señor!  
 Niños puros, doncellas y ancianos  
 Y levitas y pueblos ufanos,  
 En amor y piedad competid,  
 Y los dones con férvido anhelo  
 Celebrad de la Reina del cielo,  
 Y sus glorias y triunfos decid.

Y tú, Vírgen de Vírgenes, bella,  
 De Jesus Madre santa, y estrella  
 Del que gime en tiniebla mortal,  
 Nos dispensa tu gran poderío,  
 Y que el Santo Pontífice Pio,  
 Nos conduzca á la vida eternal.  
 El misterio mas grande adoremos:  
 Gloria al Padre y al Hijo cantemos  
 Y al Espíritu Santo tambien.  
 Y cual cantan del cielo los coros,  
 Alabémosle en versos sonoros  
 Por los siglos y siglos. Amen.

Del mismo.

CANTO SÉPTIMO DE LA CRISTIADA DE HOJEDA (1)

El ángel para confortar á María en la Pasion de su Hijo le predice sus futuros destinos y altas glorias

El Arcángel en tanto, conociendo  
 Que era ya la sentencia pronunciada  
 Y de la Madre el gran dolor temiendo,  
 De la Madre en su Amado trasportada,  
 Antes que el son confuso y vago estruendo,  
 Le llegue de la nueva desgraciada,  
 Quiere misterios dulces referirle  
 Y al trabajo el remedio prevenirle.  
 «Oye, le dice, el fin maravilloso  
 Que de tu Hijo y mi Señor la muerte  
 Ha de tener, y el último reposo  
 Y honra inmortal de su Pasion advierte:  
 Que importa para el trance riguroso  
 En que se ha de esmerar tu pecho fuerte  
 Prevenir el peligro con destreza  
 Y á mas punto subir tu fortaleza.  
 Pasados los cuarenta alegres días  
 En que de su presencia regalada  
 Gozarán las devotas compañías

(1) El P. maestro Fr. Diego de Hojeda, religioso dominico de Lima, estando de regente de estudios en aquel convento compuso un poema épico titulado la *Cristiada*, que se ha hecho raro. Lo reimprimió en 1841 el marqués de Casajara, D. Manuel Berriozabal, retocando su versificación á veces dura.

De su escuela, á trabajos enseñada,  
 Circunvalado de las almas pías  
 Que rescató de la infernal morada,  
 Llevará sus discípulos al monte  
 Que de olivas corona su horizonte.

Porque de allí querrá subir al cielo  
 Viéndole claramente sus amigos  
 Para darles el último consuelo,  
 De su poder haciéndolos testigos,  
 Y estando en el dichoso y fértil suelo,  
 Confusion de sus ciegos enemigos,  
 Les mostrará su ya gloriosa frente  
 Bañada en gozo y luz resplandeciente.

¡Qué regalo será verle amoroso  
 En ojos dulces y en palabras tiernas  
 Aquellas manos extender piadoso  
 Con las señales de su amor eternas  
 Y el costado enseñarles generoso  
 Y en sus patentes llagas las internas  
 Del alma noble y corazón suave  
 Que del gozo de Dios tiene la llave!

¡Qué consuelo será verle cercado  
 De ángeles obedientes y almas bellas,  
 Tal pimpollo de flores coronado,  
 Y el lucero lo está de las estrellas,  
 Y tal viene de luces adornado  
 El sol y en blandas purpurinas huellas  
 El alba pura cuando rosas cria  
 Y así el Mayo se ciñe de alegría!

Allí estarás también, Madre excelente,  
 Pues casta Vírgen eres siendo madre,  
 Tu vista de su luz tendrás pendiente  
 Porque tú gloria con su gloria cuadre:  
 Beberás de su vista refulgente  
 Donde el sér luce de su eterno Padre,  
 Un mar de gozo y de su voz divina  
 Amor, gracia y dulzura peregrina.  
 Luego con su virtud maravillosa

Se irá del suelo despacio levantando,  
 Y la esfera del aire luminosa  
 De alegres arreboles matizando;  
 La escuadra de los ángeles hermosa,  
 Festivos himnos le estará cantando,  
 Y las armas, trofeo de la gloria,  
 Solemnizando su inmortal victoria.

Así caminará muy suavemente  
 Dándoles con su diestra soberana  
 La bendición mas rica y excelente  
 Que vió jamás naturaleza humana;  
 Irá llevando de su faz pendiente,  
 De aquella faz que gracia y gloria mana,  
 De sus hijos la noble compañía  
 De admiración pasmados y alegría.

El rubio sol con brillo incomparable  
 Acontece mostrarse en Occidente  
 Y al rayo de su luz infatigable  
 Opónese una nube trasparente,  
 Y ella adornarse de beldad notable  
 Y el esconderse en ella blandamente  
 Y así una nube esconderá en su seno  
 Al sol de rayos y de glorias lleno.

Al admirado y suspendido coro  
 De la prole de Cristo jubilosa  
 Quitará de la vista su tesoro,  
 De la vista elevada y amorosa,  
 Ella se bordará de plata y oro  
 Á la luz de este Sol maravillosa,  
 Y así pondrán los ojos en la nube  
 Del que glorioso al cielo en ella sube.

Músicas, fiestas, regocijos, glorias,  
 Compondrán su feliz recibimiento,  
 Canciones de sus ínclitas victorias  
 Resonarán en todo el firmamento,  
 Quedarán esculpidas las memorias  
 De su muerte, y su vida y nacimiento,

Y no en materias que tendrán sus fines  
Sino en mentes de eternos serafines.

Y recibido de su Padre Santo  
Con tierno amor en trono esclarecido,  
Y siempre oyendo de la gloria el canto  
Será como merece engrandecido,  
De allí pondrá á los pérfidos espanto  
Del hondo averno bramador temido,  
Y regirá su Iglesia poderoso  
Emperador amado y dulce esposo.

Á los justos dará ricos favores,  
Esperanza á los tristes penitentes,  
Perdon á los contritos pecadores,  
Su religion á pueblos diferentes  
Presentará á su Padre los dolores  
De las llagas que en sí tendrá patentes;  
Constante intercesor, dulce abogado  
En defender al hombre ejercitado.

Mas ya cumplidos los felices dias  
Por el grande Jehová determinados,  
El hora de sus gratas alegrías  
Llegará á los discipulos amados  
En suave caridad sus almas pías,  
Cual pebetes en aras consagrados  
Cuando encendiendo estén y oraciones  
Exhalando sus fieles corazones.

Vendrá, pues el Espíritu Divino  
Sonando porque así mejor le atiendan  
Y con solemne espanto repentino  
Porque ser gracia liberal entiendan,  
Y en forma de aire abriéndose camino  
Para que ser el hálito comprendan,  
Con que el alma respira y tiene vida  
Dada por Dios y solo á Dios unida.

En figura de fuego deleitable  
Vendrá para encender los corazones,  
Y con ardor y soplo infatigable  
Inspirar mil sagradas aficiones,

Dando con viva fe luz admirable  
Y ciencia de proféticas visiones,  
Y con formas de lenguas diferentes  
Las varias lenguas de las muchas gentes.

Y como al evangélico Profeta (1)  
Un serafin purificó los labios  
Y le infundió con luz como saeta  
En el ánima fiel conceptos sabios,  
Y encubrada virtud le dió secreta  
Despreciadora de honras y de agravios;  
Esto y mas con su fuego luminoso  
Hará el divino espíritu piadoso.

Daráles perspicaz conocimiento  
De la alteza de Dios inaccesible,  
Y sobrenatural entendimiento  
De aquella su hermosura indefinible,  
Escribirá su ley en un momento  
La evangélica Ley, ley apacible,  
Centro y fin de las Santas Escrituras  
Con sábia mano en sus entrañas puras.

¡Oh sacrosanta union! Y tú, Señora,  
Presidirás al noble consistorio,  
Cual prudente y feliz gobernadora  
Y digna de tan ínclito auditorio;  
En tí, donde la gracia se atesora,  
Como en universal propiciatorio,  
En vez del que subió glorioso al cielo  
Pondrán los ojos, buscarán consuelo.

Estando así, con ímpetu potente,  
Un viento soplará maravilloso,  
Que la casa estremezca de repente,  
Y pavor cause blando y amoroso.  
Y en lenguas dividido fuego ardiente  
Bajará sobre el cónclave dichoso  
Y en todos ya embebidos en su encanto,  
Le asentará el amor divino y santo.

(1) El profeta Isaías.

Cuando Dios en el monte excelso daba  
 La memoranda ley al pueblo ingrato,  
 Torbellinosa tempestad formaba  
 Su esplendoroso y áulico aparato,  
 La cumbre en fuego vivo se abrasaba  
 Corriendo en torno en férvido arrebato  
 Con hórrido fragor el trueno bronco,  
 Con tremendo bramido el austro ronco.

Así cuando la Ley de eterna gracia  
 Se imprima en corazones mas que humanos,  
 Hará con potentísima eficacia  
 El mismo Dios prodigios soberanos,  
 Así para vencer la pertinacia  
 De los que hoy le persiguen inhumanos  
 Como para ilustrar con suma gloria  
 La ley de amor, de Cristo la victoria.

Infundiráles un amor tan vivo  
 Que siempre en caridad estén ardiendo  
 En su llama suave y fuego activo  
 Cuanto en la tierra encuentren convirtiendo:  
 De su bien y su mal harán motivo  
 El uno y otro en humo resolviendo,  
 Para encender su amor y amar la gloria  
 De Dios y despreciar la transitoria.

Naceráles de aquí gran fortaleza  
 Para vencer del mundo lo mas fuerte,  
 Espantar del infierno la braveza,  
 Hollar la vida y anhelar la muerte:  
 De aquí constante, impávida entereza,  
 De rostro y pecho en alta y baja suerte,  
 Señorío y espíritu invencible  
 Á lo mas grato y á lo mas horrible.

De Jesus el imperio poderoso  
 De polo á polo se verá extendido:  
 El reinará en el cielo victorioso  
 Y en Roma su Vicario obedecido  
 Mientras el sol destelle luminoso  
 Y no haya por jamás desaparecido,

Alumbrará su fe las almas puras,  
 Humillará su Cruz las frentes duras.

Que ni de muchas gentes vencedoras  
 Las fieras armas, ni de imperios fuertes  
 Las altas majestades triunfadoras  
 De nuevos mundos y de varias suertes,  
 Ni del airado infierno las sonoras  
 Y crudas amenazas de mil muertes,  
 Impedirán la sucesion divina  
 De sus vicarios y vital doctrina.

Hé aquí la escuela de tu fruto santo  
 Hecha de Dios ejército valiente,  
 Gloria del cielo, del abismo espanto,  
 De todo el orbe luz resplandeciente.  
 Pues cese aquí, dirás, mi acerbo llanto  
 No mas de mi dolor esté pendiente:  
 ¡Súbame el Padre al trono, donde vea  
 Al Hijo que mi amor gozar desea!

¿Qué bien, qué gozo, qué placer, qué gloria,  
 Tal Madre ha de tener en tal ausencia,  
 Sino la que le diere su memoria  
 O la que le causare su presencia?  
 Ya está ganada la feliz victoria:  
 Ya á Dios el mundo rinde su potencia  
 ¿Para qué vivo yo sin ver mi vida?  
 —Ahora sabráslo, Reina esclarecida.

Como en ausencia del mayor planeta  
 Que á los menores da prestada lumbre,  
 La luna clara en medio á noche quieta,  
 Alumbra en vez del sol, y es bien que alumbre,  
 Y cercándola en torno la respeta  
 El noble coro de la eterna cumbre;  
 Así en ausencia de Jesus importa  
 Que al mundo asistas, mas con vida corta (1);

»Porque despues que con tu vivo ejemplo  
 Hayas la nueva Iglesia edificado,

(1) En estos dos versos compendia el P. Hojeda todo lo que dice Augusto Nicolás en su preciosa obra: *María en la Iglesia*.